

ACEPTACION, POR FÉLIX CANDELA, del premio otorgado por los Colegios de Arquitectos e Ingenieros de Madrid

El pasado 10 de octubre, en un acto solemne celebrado en la sede madrileña del Colegio de Ingenieros de Caminos, se hizo entrega al arquitecto Félix Candela del premio concedido conjuntamente por ese Colegio y el de Arquitectos de Madrid correspondiente a 1995. Reproducimos a continuación el discurso de aceptación.

Excmo. Sr. Alcalde de Madrid; Ilmos. Sres. Decanos de los Colegios de Arquitectos e Ingenieros de Madrid; Sras. y Sres.

Para los que hemos pasado la vida sin acabar de echar raíces en ninguna parte, no puede haber mayor compensación que las pruebas de afecto y simpatía de sus compañeros y paisanos; y digo esto porque, habiendo nacido en esta Villa y Corte, lo de ser español es irrenunciable. Como tal prueba recibo emocionado este premio que Uds. tan gentilmente me otorgan. Me conmueve aún más el hecho de ser ofrecido por las nuevas generaciones cuya cordial amistad me hace olvidar a ratos el inexorable paso de los años.

No me quejo por mi forzado destierro, que no fue demasiado penoso al transcurrir en su mayor parte en un país tan semejante al nuestro como Méjico, sino que lo agradezco porque me ha ayudado a enfrentarme al mundo sin mezquinos prejuicios o gestos patrioterros. Al no tener una patria definida se encuentra uno a gusto y hace amigos en cualquier parte y no se siente la urgencia de tratar de exterminar a los que no han tenido la suerte de nacer en el mismo lugar que nosotros, hablar nuestro idioma o compartir nuestras creencias, como parece que está ocurriendo en la mayor parte del mundo.

Tengo la impresión de que este premio responde a una cierta nostalgia por los tiempos en que, según nos dicen, las profesiones de arquitecto e ingeniero eran una sola. La dispersión o subdivisión del oficio de constructor ha llegado a tales extremos que ya no es posible volver a atrás, dada la creciente complejidad de las disciplinas que intervienen en una obra. Es posible, también, que, salvo los casos de los monstruos renacentistas, el famoso "magister operis" fuera simplemente un especialista que dominaba una particular forma de construir.

Como este parece ser mi caso, me considero merecedor de este premio, puesto que, además, no soy ni arquitecto ni ingeniero.

Me explicaré mejor. Terminé mis estudios de arquitecto en la vieja escuela de la calle de Los Estudios en los barrios bajos del antiguo Madrid; pero no saqué el título porque no iba a necesitarlo de inmediato y porque los timbres costaban 800 pesetas. Cuando al fin mi hermano Antonio consiguió rescatarlo de las manos de D. Luis Mosteiro, Secretario al parecer perpetuo de la Escuela, y enviármelo a Méjico junto con las hojas de estudios, se acababa de organizar la Dirección de Profesionales y, para revalidarlo, me exigían cursar varias asignaturas y presentar una tesis. Lo fui dejando porque tenía cosas más importantes que hacer y, cuando me quise dar cuenta, llevaba más de veinte años ejerciendo sin título. Cuando, por fin, el Director de Profesionales me llamó para entregarme gentilmente una licencia que me permitía ejercer legalmente, ya me marchaba de Méjico. En Estados Unidos no pudieron concederme tal licencia, aunque algunos amigos pretendían conseguírmela, porque no era ciudadano americano. Otro tanto me pasó aquí, cuando volví por primera vez al cabo de treinta años, y cuando reingresé años más tarde en el Colegio de Arquitectos, ya era muy viejo para ejercer. Es muy posible, pues, que a lo largo de mi vida haya firmado, si

acaso, un par de obras. Pero siempre tuve amigos que me firmaban las obras, si era necesario, o bien las firmaban los chicos de la oficina.

En cuanto a la Ingeniería, mis únicos estudios formales fueron las clases de Resistencia de Materiales de D. Luis Vegas, quien nos daba un curso estupendo de Teoría de la Elasticidad, cuyo estudio completé dando clases particulares a mis compañeros y editando unos apuntes que se vendían muy bien en la Escuela hasta que vino la Guerra. En el último año de la carrera asistí asiduamente a la Biblioteca de la Escuela de Caminos, que entonces estaba en la calle de Alfonso XII, y en donde ojeé los primeros artículos sobre las estructuras laminares que se estaban haciendo por Europa.

Una vez en Méjico, y después de diez años de ganarme la vida como pude, pero principalmente de pequeño contratista, encontré una Biblioteca Científica y Técnica de la UNESCO, en la que conseguí microfílm de todo lo que se había publicado hasta la fecha sobre los temas que me interesaban, principalmente estructuras laminares, o cascarones como los llamamos en Méjico, y Teorías de Ruptura. Con este simple bagaje ingenieril, no solamente me lancé a construir cascarones, hasta hacer de la Ciudad de Méjico el lugar donde más estructuras de este tipo se han edificado, sino que me dediqué a opinar públicamente, sobre todo en revistas Norteamericanas, acerca de los métodos usuales de cálculo de Estructuras, y a dar conferencias por las Universidades y Sociedades de Arquitectos de todo el mundo. Fue curioso constatar cómo mi heterodoxa educación me ponía en situación de ventaja en mis discusiones públicas con profesores e ingenieros que, en muchos casos, no conocían, o habían olvidado, las bases teóricas de las fórmulas que tan alegremente introducen en los ordenadores, y que, por regla general, no habían leído más que lo que estaba escrito en inglés.

Como es natural, nadie sabía si era arquitecto o ingeniero, ni si mejicano o español. A mí me gustaba, y me sigue gustando, llamarme constructor, o contratista que, en Estados Unidos, produce más sorpresa y extrañeza, sobre todo en los medios académicos.

No tuve más remedio que volverme contratista, porque no hubiera encontrado a nadie que se atreviera a dar precio de las cosas que construimos, y nos ayudara a demostrar que eran más económicas que las estructuras usuales. De este último punto es del que estoy más orgulloso porque, siendo la construcción una de las actividades humanas que más esfuerzo consume, cualquier sistema constructivo que consiga ahorrar dinero y, por tanto, esfuerzo tiene repercusiones sociales más benéficas que las alegatas mesiánicas a las que tan acostumbrados nos tienen.

O nos tenían, porque ya no se oye hablar tanto de la misión social del arquitecto y los más famosos son los que hacen obras más caras.

Pero perdonen Uds. que me haya extendido contando historias que no tienen mucho que ver con el objeto de estas palabras, que pretendían simplemente agradecerles el alto honor que me conceden con este premio.